

La metáfora migrante. Metafísica y política en *El imposible país de los filósofos*

1. Hace rato que la filosofía en Costa Rica superó la etapa de la normalización donde la filosofía era la filosofía europea sin más. Y hace rato que la filosofía participa en la constitución e invención de lo que somos y queremos ser. Ahora, la filosofía quiere ser el resultado de la formación, los estudios y las convicciones.

En este sentido, el libro del Dr. Alexander Jiménez que tenemos el privilegio de presentar ofreciendo interpretación, se inscribe en una tradición ya consolidada en el país. Pero, en el mismo movimiento de inscribirse en una tradición, este libro se levanta contra un modo de pensarnos a nosotros mismos y que el autor llama “nacionalismo étnico-metafísico”:

El nacionalismo étnico-metafísico construye una falsa universalidad. Da la espalda a las diferencias de clase, de género, de raza, y a las condiciones materiales de existencia. Está constituido por metafísicos obsesionados con el “ser de la nacionalidad costarricense”. Al final terminan anulando las determinaciones históricas, políticas y sociales. Esta anulación de determinaciones conserva un cierto parecido con la dimensión abstracta de la noción de ciudadanía. Pero la semejanza es superficial e irrelevante.¹

Con esta denominación, Jiménez arremete contra una serie de pensadores costarricenses² y lo hace desde una posición que he elegido nombrar como la posición de la metáfora migrante.

La migración que asume y propone Jiménez es el tránsito que iría del filósofo metafísico al filósofo democrático. Este último no añadiría más

que un modo de organización y unificación a aquello que ya está pensado popularmente. En el filósofo democrático hay un saber que no corresponde a una voluntad individual sino que, y por el contrario, su pensar es producto de un impulso cultural colectivo.

Obviamente, también la política forma parte de ese impulso cultural pero la política lo hace en términos de cohesión social, de consentimiento y de consenso. Jiménez lo hace desde la posibilidad de unificación de la crítica. Entonces no hay conceptos arbitrariamente contruidos. Las metáforas, de las que se hace uso y abuso, dicen su origen, dicen la tradición de donde provienen y de algún modo son susceptibles de formar parte de un entramado que se pretende racional.

Jiménez construye una metáfora migrante para separarse de los discursos inmóviles o esencialistas propios de la metafísica y señala con lucidez y apasionamiento el movimiento de la filosofía vinculada a determinadas actividades culturales o grupos de problemas.

Pero no quiere ser preciso. Las metáforas migrantes son posibles porque no se inventaron las equivalencias perfectas. De allí que la metáfora migrante pueda ser trabajada como una “equivalencia imperfecta” si se me permite esta *contradictio in adjecto*. Equivalencia imperfecta que se presta a ser el puente de traductibilidad entre cultura, saberes y poderes.

Metáfora es un concepto migrante porque las metáforas tienen la posibilidad de ingresar problemáticamente en los más diversos ordenamientos conceptuales. Pueden usarse con caracteres débiles e inespecíficos o adquirir connotaciones dramáticas.

La metáfora migrante le da potencia al discurso de Jiménez. Pero esta potencia está pensada,

por un lado, en términos horizontales como el pasaje de conceptos por diversos ámbitos: literarios, políticos y filosóficos y, por otro, en un sentido vertical. De arriba abajo o viceversa. Así, la posibilidad de la migración en el sentido vertical supone una división en el uso y la expresión de los bienes culturales en donde es posible pensar la transmutación de los temas en sus versiones populares, políticas y filosóficas.

Por eso Jiménez emplea, por momentos, el concepto de metáfora como un equivalente de mentira y delirio cuando, en manos de un partido político y de algunos filósofos, se emplea como sanción del agotamiento de lo social, como interrupción de la historia viva, como el congelamiento y la reducción de la filosofía a mero mecanismo y cuando desplaza a la sociedad como conflicto a la sociedad como técnica policial y/o clientelar.

En un caso, los partidos políticos y la filosofía pueden ser vistos como metáforas de la cultura en la medida en que se sitúan, se apropian y trabajan en el sentimiento y con los pensamientos populares. En el otro caso, que es el caso donde Jiménez centrará su trabajo demoledor, mueren como partidos y como filosofía toda vez que se traslapan a técnicas de control, a país imposible, a armonía atornillada, como se deja ver en la bellísima portada que presenta este libro.

Y, para esta situación, ha muerto también la idea de que una metáfora sea un momento y un recurso significativo en la transmisión de conocimientos en el interior de una organización social.

2. El nacionalismo étnico-metafísico no parece explicarse por la excelencia de sus contribuciones (en verdad, muy discretas) sino por su capacidad para inventar una vertiente de la opinión colectiva que reclama fijeza, cristalización y fondo incontaminado. No ofrece un integrado haz de soluciones para los problemas contemporáneos pero reclama una inspiración precisa para alcanzarlos. Toma sus esquemas básicos de interpretación del pasado, de la misma fuente a lo que debe lo más significativo de sus nociones políticas: el nacionalismo hispánico, la blancura y sus alejados en la derecha española.

Lo que hace posible al nacionalismo étnico-metafísico es ser cada vez menos una corriente

historiográfica y cada vez más una construcción de metáforas respectivas destinadas a dotar de alicurnia tradicional a posiciones políticas.

Pero así la filosofía se muere (y no de risa) por entregarse a una actividad que es más mitopoiética que histórica. Y tampoco hay rescate de la historiografía por la metafísica.

Ciertamente, los partidos políticos quieren que se les ofrezca un entronque privilegiado con el pasado nacional y a los que solo se trata de confortar con hechos y metáforas seleccionadas con ese propósito. Y mientras la demanda por tales producciones se mantenga, sin duda no faltarán filósofos que se apresuren a satisfacerlas.

Los propósitos del nacionalismo étnico-metafísico no son explorar la estructura y el ritmo de la historia costarricense sino individualizar, en una etapa de ella, un modelo estático para el presente y el futuro que se ofrezca como alternativa al progresismo. Se ofrece el aval de la etnicidad para fortalecer la democracia procedimental, formal, fría y vacía y, al mismo tiempo, legitimar un modo de inserción de Costa Rica en el mercado mundial.

Así, el nacionalismo étnico-metafísico cree ser un enérgico toque de trompeta que contiene las fuerzas de la Costa Rica plebeya y se asume en la tarea de ser guía moral de la Costa Rica eterna, blanca y democrática.

El filósofo Alexander Jiménez los desengaña. Y el desengaño es rápido y duro. En manos del nacionalismo étnico-metafísico la democracia no es una manera de distribuir poder político en una sociedad. Es un fenómeno ideológico pomposamente llamado metafísica que funciona como un profiláctico que hace de la democracia una vida desapasionada.

Los filósofos del nacionalismo étnico-metafísico son los que han confiscado la democracia y han mediatizado al pueblo incluyendo agitaciones xenófobas entre sus *instrumenta regni*.

En el fondo, la metafísica aísla la problemática política de toda clave social haciendo de la democracia blanca el misterio gozoso de su contribución teórica. No hay problemas en este imposible país: el refugio en la etnicidad es algo más que un expediente temporario. Es un reducto inspirador de curiosidades históricas y, según

Jiménez, son sus comunes inconsistencias las que le dan más coherencia al nacionalismo étnico-metafísico.

Una de estas curiosidades históricas, nunca acompañada de un análisis serio de las realidades económicas, es la exaltación de la época colonial y el resultado de sus aparentes paradojas del tipo: "nuestra pobreza es nuestra riqueza" o aquella donde la democracia costarricense es heredera, a la vez de la colonia y de la guerra del 48. En metafísica todo se vale: las instituciones son modernas, los fundamentos son ante-diluvianos, provienen de los fondos numinosos de la Costa Rica cuasi-eterna. En metafísica el método es el arcaísmo sistemático.

Si en sus formulaciones doctrinarias el nacionalismo étnico-metafísico ha estado muy cerca del Partido Liberación Nacional será porque éste postula un liderazgo que integra en su séquito a todos los grupos sociales de alguna significación y, a la vez, los mediatiza enérgicamente estableciendo una identificación más estrecha entre las clases trabajadoras y los consumidores urbanos.

Esta es una tesis fuerte de Jiménez y no tengo elementos para juzgarla en toda su dimensión, pero se me antoja incompleta porque falta esa otra corriente cuya influencia se revela más fácil de analizar, aunque Jiménez no la menciona, y que es esa mixtura tan costarricense del catolicismo social como versión moderada de lo que, en otros países de América Latina, se conoció como catolicismo integrista, cuya estrategia política favorece la presencia del estatuto tradicional del catolicismo en la vida nacional.

Mi sugerencia sería la siguiente: Partido Liberación Nacional, Iglesia Católica, nacionalismo étnico-metafísico y dimensión económica del lazo con el mercado internacional son las cuatro patas del entramado donde hacen sintagma las metáforas usadas, la reproducción simbólica de la sociedad y las realidades prosaicas de las desigualdades económicas y la dominación política.

Entramado éste que acepta la intervención de otros partidos políticos pero que resiste la visualización de la injusticia social y las seducciones de la perspectiva revolucionaria.

Por eso creo que la tesis política de Jiménez es incompleta pues no vincula a esa metafísica

con la catequización de la democracia que proviene de una iglesia pródiga en la creación de metáforas aún más delirantes que la de los filósofos pues son del tipo "creación desde la nada" o "madre virgen". Y tampoco debería pasarse por alto aquella metáfora de procedencia cristiano-medieval que relaciona la blancura con la ausencia de pecado.

Y esto no sería incompatible con su planteo: la metafísica de los nacionalistas étnicos no resuelve los problemas de integración social del mismo modo que no puede taparse el sol con un dedo, y Jiménez es lúcido al insistir en que hay que prestarle atención a una filosofía que se situaba por encima de las clases y los actores sociales y culturales para subordinarlas a una empresa política y que se ha acabado el tiempo de ignorar la supuesta inocencia de sus metáforas.

Metáforas que pretendieron ser las guías espirituales de una hazaña costarricense: la etnicidad como madre de la democracia, el capitalismo y los trabajadores. Esta incompatibilidad político-cultural, si no es evidente para los filósofos del nacionalismo étnico-metafísico, lo es para un lector advertido como Jiménez.

Esta tarea de desmembramiento de la mitología oficial fue comenzada en Costa Rica por los historiadores críticos. Y acierta Jiménez al remitirse permanentemente a ellos y también acierta al involucrar a la filosofía en esta tarea. De la mano de Jiménez y su destreza en el arte de la escritura, la caída de esta metafísica es estrepitosa y hace imposible la reconciliación entre tradiciones historiográficas y filosóficas costarricenses. Después de este libro no hay espacios identitarios entre los jóvenes filósofos e historiadores con los veteranos de la historia oficial. Se acabó la época de intercambios de fatigadas cortesías³.

Llegados a este punto quiero advertir algo importante. La tesis de Jiménez no se identifica mecánicamente con una historia continuada pero subterránea y tan antigua como la misma Costa Rica. Su trabajo no tiene nada de decadentista. Refleja, en suma, el descubrimiento de que los principios de la terapia metafórica para salvar el orden establecido no son ya funcionales para la construcción de una sociedad justa, hospitalaria y

libre. Lo que rastrea en el pasado no es un modelo para el futuro y si habrá una edad de oro para los costarricenses, será en el porvenir.

Notas

1. Jiménez, A. *El imposible país de los filósofos*. San José: Ediciones Perro Azul, 2002, p. 44.
2. Entre otros, Jiménez cita a Luis Barahona, José A. Cordero, Guillermo Malavassi, Abelardo Bonilla, Hernán Peralta, Carlos Monge Alfaro, Constantino Láscaris y Arnoldo Mora. Jiménez agrupa a estos pensadores pero también advierte que no son homogéneos entre sí. Personalmente me queda pendiente el caso de Arnoldo Mora. El pensamiento de este filósofo presenta características nacionalistas y un fuerte acento esencialista en su idea de “identidad” más cercana al aristotelismo que al hegelianismo, pues Mora parece más preocupado por la identidad colectiva que por la enunciación colectiva. Arnoldo Mora parecería orientarse hacia un nacio-

nalismo de izquierda con una estrategia de tintes propios del revisionismo tardío: nacionalismo versus imperialismo, que me recuerda a los argentinos Hernández Arregui, Carlos Astrada o J. Cooke como también al panameño Ricaurte Soler. Lo que no aparece en el discurso de Mora es el recurso a la etnicidad.

3. Lo que ha provocado la iracunda crítica de Dorelia Barahona en el periódico *La Nación* del 18 de diciembre de 2002 (Ver nota “El invisible sos vos”). Si bien la crítica de Dorelia Barahona carece de rigor académico (hay párrafos que parecen dirigidos por encono personal más que por análisis serio del libro en cuestión) creo que amerita alguna aclaración: heredemos los miedos, las esperanzas, las ideas, los tics nerviosos y hasta las galletitas. Hay cosas que una sociedad no puede no heredar. Heredar otorga pertenencia, contención, carácter. Pero también se hereda la potencia de escapar a las emociones que conjuran los escenarios culturales. Y por eso es que podemos preguntarnos: ¿que sentido tiene pasarse la posta eternamente? ¿Con qué dotación genética o histórico-cultural mutan los pueblos? ¿Y el cambio, para cuando?

Roberto Fragomeno

robfrago@terra.com

Universidad de Costa Rica